

## TRISTE FANTASMA SIN NOMBRE

Cuando ya no hay por la calle nadie decente, camino por la oscura niebla, levemente iluminada por la más tenue luz que las farolas podían dar una noche tan fría como aquella. Me vuelvo a dirigir a aquel antro del que sólo comentan su existencia las voces de hombres con extraña reputación y mujeres de la vida que quieren salir a, digamos conversar con ellos; a sabiendas de que sus esposas no sabrán nunca de la existencia de dicho local ni de lo que allí acontece.

Echo un vistazo a una gran puerta en la calle del Silencio. Sí, del Silencio, el nombre más adecuado para aquel lugar. El silencio que guardan todas las personas de su interior cuando se le preguntan por su vida fuera de ahí y el silencio que guardan en la calle cuando alguien lo nombra. Nadie quiera hablar de él, pero todos lo conocen.

Llego a la conclusión de que gracias a la niebla de la calle, el espeso humo del tabaco que expulsa la puerta de la sala y su brillante iluminación invita a ser llenada de aquellos elegantes señores para que se resguarden del frío de la noche. Sólo entonces, voy en busca de la pequeña puerta que hay atravesando la esquina en una sucia calle sin salida.

Tras la poco elegante bienvenida que me otorga la puerta por donde entra la mercancía, porque ni yo mismo me salvo de ser mercancía; me adentro por aquel pasillo bañado por las luces de los camerinos y un calor sobrenatural que me regala el placentero aroma a tabaco en las paredes y whisky barato de aquel sitio que me resulta tan acogedor.

A cualquier otra persona le podría resultar desagradable, pero a mí me huele a “estar en casa”, donde realmente puedo ser yo mismo, donde se acaba el hombre y empieza la persona.

Camino entre las plumas, encajes y perlas acompañado con la sintonía de un viejo vinilo ensordecido por las carcajadas de mis compañeros hasta el que es mi camerino. Enciendo las bombillas que rodean ese gran espejo dejando ver las estampitas de mi Virgen del Rosario y veo el reflejo de un triste hombre, triste, cansado y gris en una habitación de paredes rojas adornadas con cuadros en blanco y negro de grandes artistas, algunos, firmados por ellas mismas.

Empiezo a desvestirme y me dirijo hacia una oxidada percha donde me dispongo a elegir la ropa con la que saldré al escenario para, una noche más amenizar la velada de aquellos varios visitantes.

Llaman a la puerta.

-Oye, ¿Ya has llegado?- Dice la figura basta pero femenina con pelo cardado que se asoma embutida en un corpiño con amplias mangas.

-Sí, acabo de llegar-Respondo.

-Date prisa, sales en quince minutos. Rosita no ha venido y tienes que suplirla. Su madre se ha puesto mala y está con ella en el hospital. Yo lo he encendido una velita a la Virgen de la Salud para que la cuide, pero no creo que una vela ayude a

mantener entretenidos a los espectadores de esta noche, que son muchos. No veía tantos desde...Desde yo que sé cuándo. Será el frío.

-¿Cómo? ¿Qué yo abro esta noche? ¿Con qué canción?-Contesto mientras empiezo a coger perchas con prisa.

-Pues creo que ella cantaba alguna de Estrellita Castro, pero no me hagas mucho caso que tú sabes que yo tengo la cabeza a las tres de la tarde y cuando ella abre estoy yo todavía merendando. Pero bueno, que si no es la misma, no creo que nadie se dé cuenta. Aquí vienen a lo vienen. Tú les cantas alguna de Concha Piquer o Imperio Argentina que tan bien te sabes. El caso es mantener entretenido al personal.

-¿Qué puedo ponerme? Me estás poniendo de los nervios, Amapola. Yo así no puedo. ¿Por qué no lo haces tú, que eres la que te has enterado antes? ¿O la Antoñita? ¿O la...?

-Rosario, cálmate, que yo te ayudo. Tú sabes que yo no soy de tomarme las cosas en serio, y para abrir no pega una ranchera. Tú eres toda una profesional y...-Me dijo mientras me sentó en la silla de un empujón y empezó a maquillarme.

-¿Niñas? ¿Todavía estáis así? -Dijo una nueva imagen rechoncha que entraba por la puerta con algo entre las manos que el corpiño de Amapola no me dejaba ver.

-Pues mira qué plan. ¿Qué traes ahí, Soledad del Río? -Dijo Amapola.

-Traigo la peluca de Rosita, la de caracoles, mira qué graciosa está. Seguro que a Rosario le queda genial. La he traído de su camerino, no creo que le importe.-Dijo la Sole mientras se acomodaba en otra silla - Y tampoco creo que le importe que le haya quitado una caja de pestiños que tenía ahí. Se iban a poner malos y no sabemos cuánto tiempo iban a estar su madre ingresada. Y ella nos habría ofrecido.

-Anda, deja la peluca ahí y ponte a buscarle un vestido bonito. ¿Qué canción le toca? - Dijo Amapola cogiendo un pestiño y ofreciéndome otro a mí.

-Pues creo que “Suspiros de España”, así que tenemos que encasquetarle una peineta bien bonita con dos grandes flores rojas, como el sentimiento español - Dijo la Sole mientras masticaba.

-Ay, pero bueno, ya que Rosita no ha venido, vamos a hacer que Rosario se luzca, que Rosita siempre se pone muy sencillita y no tiene chicha ninguna, que parece que estamos en un velatorio en vez de en un cabaret nocturno - Dijo Amapola mientras se ponía a buscar entre mis chismes.

-Pero es que Estrellita es muy sencilla -Dijo la Sole mientras se limpiaba la miel de las manos en la falda- No vamos a ponerla como un fantoche y encasquetarle un armatoste para que haga el ridículo. “Suspiros de España” es seria.

-Quita, quita, déjame a mí. ¿Aquí la gente a qué viene? ¿A ser seria o a vernos las piernas? Anda, dame el corsé blanco con encajes negros que...

-¡El corsé?! Tú no estás buena. ¡Si la mayoría están casados y prefieren que nosotras les calentemos las mantas! ¡Mira tú qué doble moral! - Amapola se incorporó de un salto- ¡La Rosario va a representar “Suspiros de España” tal y como está ahora el panorama! ¡Que estamos en plena dictadura y este es el único sitio donde podemos decir las cosas como son sin miedo a acabar entre rejas!

-Ay Amapola, qué tonta te pones. Ahí te quedas, haz lo que quieras. - Dijo la Sole mientras hacía ademán de irse.

- Anda, pues búscame la blusa de terciopelo burdeos con encajes negros, verás cuando le plante la peineta, la mantilla y los claveles rojos lo guapa que va a estar mi Rosario y lo bien que va a representar mi niña ese “Sentimiento patriótico” - Dijo Amapola irónicamente.

- ¡Pues date prisa, que sale ya mismo! - Dijo la Sole mirándome, creo que por primera vez a la cara desde que entró- Y Rosario...¡Ay qué guapa estás!

- Las flores se las coloco yo que tú siempre las pones que parece que la ha peinado una coja.

-Coja...Coja te voy a dejar yo a ti de una guantá cualquier día. Anda, abróchale ya y que salga pitando. ¡Mira cómo le has puesto la peina! Ay, ¡Mucha suerte!- Dijo la Sole casi echándome con prisas del camerino.

Después de todo el paripé de mis dos simpáticas y alegres compañeras, me dirijo con prisas y nervios tras bambalinas y espero a que la presentación de mi nombre artístico: Rosario Puñales.

Rosario por mi Virgen, la de mi pueblo, el pueblo que tuve que abandonar cuando estalló la guerra, donde me querían matar por mi condición sexual, por mi manera de amar, por mi forma de ser, por algo que jamás elegí. Y más de uno sabe que si pudiese haber elegido, hubiese escogido el camino fácil. Pero a mi Virgen la llevo siempre encima. Ella no tiene la culpa. Y mi madre tampoco. Cada noche rezo por que llegue el día en el que pueda volver a ver a las dos.

Y Puñales haciendo alegoría a aquellos puñales que llevo clavados en el corazón. Por todo eso, por tener que abandonar mi casa, mi trabajo y mi familia para proteger mi propia vida. Por tener que cambiar mi nombre para seguir vivo. Por los días que me llevé sin comer y sin saber dónde dormir. Por no poder mandarle cartas para que no puedan rastrearne. Por los días que pasan sin saber si mi familia sigue viva.

Por eso, por todo lo malo que he pasado y con algo de frivolidad, intentando sacar algo bueno de toda esta desventura; he creado mi propio nombre. Que por cierto, es precioso y muy folclórico. No creo que sea un personaje. Creo que esa soy realmente yo. Rosario la alegre, Rosario la Guapa, Rosario la cantante, a la que aplauden y miman.

Rosario la destapada, la que no se esconde, la que tiene voz, la valiente. Esa soy yo, Rosario, Rosario Puñales.

Tras la explosión de aplausos que me otorga el público, empieza a sonar aquella melodía.

Tras la piel, los huesos y la garganta de un hombre, canta el corazón y un alma rota de mujer.

Siento como si por mi garganta corriese cada gota de aguardiente que se toma cada uno de nuestros comensales. Siento como todo el mundo me mira y de mí depende el destino de esta noche. Siento como si el tiempo se hubiese parado y sólo yo en esta habitación tengo el poder de interpretar la maravillosa letra de aquel pasodoble español. Siento que mi canción es mi lucha. Siento que estoy demostrando a los hombres de allí que yo soy la viva imagen de la valentía. Siento que si me callo, se calla la libertad.

Seguido de la última marea de aplausos tras una gran noche, me despido ante el público y me dirijo a aquel sucio camerino a desmaquillarme. Cuando se van apagando las luces junto a los murmulos y el humo es cada vez menos, ya no se ve todo tan bonito. Ya no me parece todo tan auténtico cuando se acaba la farsa y tengo que salir de este mundo para darme de canto con la realidad. Cada noche, acabo temiendo la llegada este trágico momento como si me dirigiese al paredón.

Las bombillas del espejo alumbran a la mujer que me dio la vida, la misma que estoy borrando de mi rostro otra noche más. Tras ella se desmorona mi poder y paso de ser la reina que he sido esta noche para ser el triste fantasma sin nombre que soy cuando aparecen los primeros rayos de sol.